

**DELRIO, W; ESCOLAR, D.; LENTON, D. Y MALVESTITTI, M. (DIR.) EN EL PAÍS DE NOMEACUERDO. ARCHIVOS Y MEMORIAS DEL GENOCIDIO DEL ESTADO ARGENTINO SOBRE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS, 1870-1950, (2018), ARGENTINA, EDITORIAL UNRN, 328 PP.**

Luciano Literas  
Lic. en Sociología, Dr. en Antropología  
CONICET – UBA, FFyL, ICA  
lucianoliteras@gmail.com<sup>1</sup>

RESUMEN

Se presenta una obra colectiva dirigida por Walter Delrio, Diego Escolar, Diana Lenton y Marisa Malvestitti, que hace foco en el sometimiento, la deportación y explotación de la población indígena durante la consolidación del Estado nacional en Argentina, a partir de las últimas décadas del siglo XIX. A partir del empleo analítico del concepto “genocidio”, cada uno de los capítulos aborda casos específicos en diferentes coyunturas y espacios, mostrando las modalidades que intervinieron en las políticas estatales con respecto al “indígena” así como las formas de resistencia de las poblaciones que fueron objeto de ellas.

Palabras clave: Pueblos indígenas - Genocidio - Estado nacional.

El propósito de *En el país de nomeacuerdo* es profundizar en el análisis de las modalidades de sometimiento, deportación y explotación indígena durante el periodo de consolidación del Estado en Argentina, a partir de las últimas décadas del siglo XIX. Para eso, sus autores trabajan con el concepto “genocidio” porque entienden que permite ahondar simultáneamente en la descripción y el análisis de las políticas estatales y de la agencia indígena. Sin embargo, la razón del uso excede lo heurístico y teórico-metodológico y nos acerca a lo propiamente político: el concepto establece una relación y un compromiso con los procesos actuales, cuestiona las asimetrías sociales, sugiere formas de reparación histórica y repiensa la relación Estado-pueblos indígenas. Asociado a ello, el libro aborda también la construcción estatal del estereotipo “indígena” en diferentes momentos históricos, que es definido como excepción

---

1 Fecha de recepción: Marzo de 2019.

normalizante. Esto es la persecución y represión de una supuesta potencial amenaza a la integridad “nacional” y el progreso “civilizatorio”; algo vinculado a otro hecho: que la incorporación indígena a las capas bajas de la sociedad fue en paralelo a la inscripción de marcas raciales, étnicas y políticas que significaban una condición especial, por la cual en la práctica no se reconocían derechos sociales y políticos que el mismo Estado garantizaba, en teoría, a todos los ciudadanos.

El primer capítulo, “Memorias del awkan”, de Malvestitti y Delrio, se centra en “el malón de los winka”: las campañas militares de ocupación llevadas adelante por el Estado argentino entre 1879 y 1885 sobre las Pampas y la Patagonia. Aquí reconstruyen –y retoman de estudios previos- prácticas silenciadas por la historiografía más clásica sobre la Conquista del Desierto. De ellas, es preciso mencionar una que dimensiona el grado de profundidad y de irreversibilidad de las transformaciones encarnadas en la Conquista y que, además, será una cuestión tratada en algunos capítulos posteriores: las formas de violencia hacia niños y niñas, que fueron desde la muerte hasta su apropiación y cambio de identidad. Entre otros aspectos, el capítulo trata además la construcción de discursos y modos de representación dominantes con respecto a lo “indígena”, mediante múltiples articulaciones entre instituciones y agencias del Estado y la sociedad civil, que invisibilizaron otros modos de contar “la historia” y que los capítulos siguientes revisan críticamente para diferentes contextos.

La conceptualización central del segundo capítulo, “De todos lados, en un solo lugar”, de Nagy y Papazian, es que la isla Martín García fue un campo de concentración y no una prisión. Los autores muestran que desde 1871 –ocho años antes de la Conquista- la isla recibió además de prisioneros y presos, a “indios presos” sin crimen alguno. Es decir hombres, mujeres, niños y niñas marcados étnicamente y remitidos por orden militar, a quienes no pudo atribírsele más crimen que su condición de “indio”. Mientras el prisionero era condenado y recluido por un delito “probado”, aquí se trató de personas que en conjunto –un dato no menor- y por una condición vinculada a la identidad étnica fueron puestos a disposición de los funcionarios estatales sin legislación ni estatus jurídico claro. Otro valioso elemento de este capítulo es que apela a una escala de análisis micro -a nivel de los individuos- y reconstruye trayectorias e historias de vida de los marcados, confinados y subalternizados antes y durante la Conquista.

El tercer capítulo, “Castas invisibles de la nueva nación”, de Escolar y Saldi, nos lleva a Mendoza, un lugar usualmente no emparentado a la Conquista. Empero, muy al contrario, Mendoza y más que nada las clases altas y las formas de explotación de mano de obra estuvieron asociados a aquella. El capítulo, en efecto, trata la incorporación a esta provincia de grupos indígenas trasladados por la fuerza desde las Pampas y la Patagonia durante la Conquista, poniendo el foco en los procedimientos para su apropiación, administración, control y distribución, así como en la existencia de una red de centros de confinamiento. El capítulo vuelve con fuerza a una de las muestras más claras de la violencia estatal con el mundo indígena: la apropiación y reparto de niños y niñas. La separación forzada de padres y madres, y la re-familiarización en unidades domésticas absolutamente extrañas y distantes es quizás el rasgo más claro de la fuerza performativa de las prácticas genocidas en la Conquista.

El cuarto capítulo, “De la mapu a los ingenios”, de Lenton y Sosa, nos

lleva a los ingenios azucareros del noroeste argentino, otro eslabón de la red de confinamiento, distribución y explotación indígena, clave en la desestructuración social y la reconversión en fuerza de trabajo. Lenton y Sosa reconstruyen, de hecho, la coordinación a nivel nacional de la explotación de prisioneros y visibilizan formas de resistencia indígena. Allí muestran la articulación entre el avance fronterizo, el confinamiento, la distribución y los procesos económicos más generales. De ese modo, el capítulo nos sumerge en los circuitos generados y financiados por el Estado para el beneficio particular de quienes recibían indígenas. No obstante, también nos habla de la agencia indígena. Precisamente las condiciones de reparto (por ejemplo que se entregaran familias enteras o grupos con lazos previos) y las condiciones de vida dieron lugar a formas de resistencia e incluso la puesta en marcha de estrategias para garantizar la libertad colectiva de los establecimientos.

El quinto capítulo, “El secreto del Estado, el estado de los secretos”, de Pérez y Cañuqueo, inaugura la segunda parte del libro dedicada al “día después” de las campañas militares en las Pampas, Patagonia y el Chaco. Se centra en un caso de violencia policial en 1930 en la zona de Mengué, Río Negro, a través del “secreto”; un secreto que las autoras desarticulan mediante la memoria oral y las fuentes documentales. Tras caracterizar la noción que tienen del Estado como propiciador de violencia, desigualdades y diferencias sociales y étnicas, las autoras se concentran en uno de los aspectos más capilares y concretos de los procesos políticos y económicos post-Conquista: “los papeles”. Éstos constituyeron el mecanismo legal para instituir la propiedad privada, endeudando, descapitalizando y despojando a la población indígena de sus tierras. En este sentido, las autoras identifican y ponen de relieve uno de los tantos recursos que de “abajo” hacia “arriba”, en el ámbito más micro de los procesos sociales, ayuda a entender gran parte del actual paisaje territorial de la Nor-Patagonia.

El sexto capítulo, “Reducir y controlar”, de Musante, nos conduce al mundo reduccional organizado por el Estado en el norte del país: Napalpí (1911), Bartolomé de las Casas (1914), Francisco Javier Muñoz y Florentino Ameghino (1936). El objetivo de estas reducciones era concentrar población indígena para su control, dominación e incorporación forzada a las relaciones sociales propias del capitalismo. Aquí se retoma algo tratado en capítulos previos: que quienes integraron las reducciones fueron definidos en términos étnicos. Es decir, estos centros estaban destinados exclusivamente a sujetos indígenas. A su vez, Musante muestra cómo este sistema reduccional iba de la mano de la actuación de tropas militares, en tanto caras de una misma moneda de las dinámicas fronterizas en el Chaco. El capítulo ilustra con claridad la magnitud territorial de este proceso histórico: a inicios del siglo XX el 25% del territorio chaqueño fue entregado a colonos y terratenientes, entre obrajes e ingenios. La mano de obra indígena fue así un insumo insoslayable sobre el que se basó una acumulación capitalista claramente neocolonial.

El séptimo y último capítulo, “Poder pastoral anglicano y tobas (qom) del oeste de Formosa”, de Gómez, se sitúa en estas asimetrías del norte del país, donde en lugar del exterminio imperó la transformación indígena en mano de obra barata, a través de la violencia estatal y civil. En este caso, la autora muestra el acuerdo entre ingenios y establecimientos capitalistas con las iniciativas misionales. Empero, es de especial interés un aspecto sobre el que ahonda: cómo las misiones anglicanas a lo largo del Pilcomayo también funcionaron

como refugio de aquella violencia. Gómez no niega la naturaleza coactiva de las misiones ni sus efectos simbólicos y materiales. Sin embargo pone el foco en las resistencias cotidianas, la importancia de las misiones -a pesar de ser instituciones generadas con propósitos muy diferentes- para mantener ciertos márgenes de acción y llevar adelante prácticas de resistencia en un contexto claramente adverso. Es especialmente sugerente la consideración que la autora hace del “monte” como espacio de reconfiguración de la vida qom, donde era posible mantener prácticas de socialización y subsistencia perseguidas, prohibidas e intervenidas por el Estado y el gran capital.

En definitiva En el país de nomeacuerdo es una muestra del trabajo en equipo, del despliegue coherente y contundente de un concepto -el de genocidio- y de un conjunto de herramientas teórico-metodológicas que a cada nueva publicación es más rico e incluso heterogéneo. Ello invita, una vez más, a tender puentes con otras líneas y equipos de investigación para discutir y consensuar ideas en virtud de reconstruir e interpretar la historia poniendo el foco en las poblaciones más invisibilizadas.